

Una cereza al marrasquino en el centro vacío de una rodaja de ananá sobre una bandeja de plata

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

Una cereza al marrasquino en el centro vacío de una rodaja de ananá sobre una bandeja de plata. Cuentos. 2022.

Domenech, María Tamara

Una cereza al marrasquino en el centro vacío de una rodaja de ananá sobre una bandeja de plata / María Tamara Domenech. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tiempo Dorado, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-48485-3-6

1. Literatura Argentina. I. Título.

CDD 860.9982

Una cereza al marrasquino en el centro vacío de una rodaja de ananá sobre una bandeja de plata

Una noche, dos hermanas ingresaron por la puerta principal de un salón y se hicieron pasar por parientes lejanas de una chica que festejaba sus quince años.

Vestidas con prendas lujosas y gastadas se paseaban por la recepción con abrigos largos que ocultaban el paso del tiempo en sus vestidos roídos que dejaban ver bordes y flecos tornasolados de lo que habían ido a buscar.

Saludaban a los invitados con gestos y ademanes como si, en la sustracción de palabras, encontrarán una manera disimulada de saborear lo que no les había sido convidado.

Su atención se concentró en cerezas al marrasquino que tapaban el centro de rodajas de ananá dispuestas, unas junto a otras, en bandejas de plata que ocupaban el largo de un mostrador. Sus pasos lentos parecían custodiar lo que iba a ser sacado, palpado con los labios, la lengua, masticado y tragado.

Pese a no contar con la estrategia que impidiera ese final, creían que lo evitaban si alzaban esas camillas entre los invitados y las llevaban hacia un escenario en el que irradiaran una paz roja, transparente, espejada.

Pasada la hora, se sentaron, mientras la música sonaba cada vez más fuerte para tapar, lo que suponían, era el arrastre de zapatos, incógnitas y mesas. Sus nombres no figuraban arriba de ninguna y repetían por si a alguien le interesaba: “confirmamos nuestra presencia a último momento, después de que hayan mandado a confeccionar estas tarjetas, el problema es nuestro pero si se corren un poquito, entramos en este círculo de madera negro, tapado con un mantel fino, blanco, de seda”.

Al lado de cada una, se había sentado un hombre y una mujer, respectivamente, que parecían ser pareja por los chistes que se hacían, que ninguno entendía por el volumen de la música y porque consideraban que los chistes, que se hacen dos personas que susurran, no se comprenden, sólo observaban sus muecas macizas como la tabla que sostenía sus codos que se inclinaban para agarrar el pan que estaba en el centro, delante de los ojos de todos para evitar que unos comieran y otros, no. Y antes de llevárselos a la boca, sacaban unas miguitas que parecían decir: “estamos separadas pero sabemos que nos amasó la misma mano, por eso, enseguida te envío mi amor” y la mujer, mientras sonreía, le tiraba una miga, a la que previamente había moldeado con el cuerpo de un pajarito que había caído en el piso, luego de haber rozado el ojo del hombre quien, lejos de llorar, moldeó otro animal que cayó en el escote de la blusa de la mujer y así se pasaron el resto de la cena, divirtiéndose.

A las hermanas se les iba el apetito cada vez que ubicaban el sitio en el que el alimento se volvía un deshecho para sostener una relación. De estar en sus casas lo hubieran juntado y les hubieran dado una bofetada a los fantasmas que se rían a costa de arrancar un lugar en el algo está.

Pero se hicieron las distraídas hasta la hora del postre, momento en el que desearon probar. Se pararon con las copas heladas entre las manos y salieron a una especie de terraza en la que sólo se divisaba un cable de luz tirante en la noche.

Saborearon una especulación, un juego y un deber mezclados. Habían encontrado una pista de baile para que sanaran los enfermos, esas frutas acostadas que decoran el vacío.

Un Hijo con forma de Jesucristo

La compañera de habitación no sabía cómo había llegado su vecina. A qué hora, en qué momento, si con alaridos o en silencio. Pero, cuando despertó, la saludó como si se hubiera encontrado con una amiga de toda la vida, lo que produjo que saliera el sol en un cuarto oscuro, de susto.

Le dijo: “buen día”, se presentó y después al hijo. Está por estudios. Sufrió una descompensación y la están analizando.

La mujer recién saludada, contestó: “nosotros venimos acá una vez por mes, para ustedes somos nuevos pero somos viejos para este lugar. Desde que nació, continuó, mientras señalaba al hijo dormido, ya cumplió diez años”.

La madre que estaba con su hijo internado para hacerse estudios no le preguntó nada, simplemente se dirigió hasta el baño a cambiar el agua de un vaso, en el que vivía una flor, que, nadie más que ellos, saben cómo llegó. En ese lapso, el hijo que, unos instantes antes había sido señalado, comenzó a convulsionar. Su cuerpo se puso rígido y pesado, la madre intentó alzarlo pero no hubo caso, suerte que había otra persona que salió de donde estaba y pidió ayuda.

La enfermera pareció que tardó en llegar porque cuando alguien no sabe cómo atender una urgencia, el tiempo se pierde, se esfuma y deja en el ambiente una sensación extraña de no haber hecho lo suficiente para sacar, sin lastimar, a alguien de un auto, producto de un choque irreal.

La madre del chico lo estrujaba contra su cuerpo hasta que se dio cuenta que se había hecho caca y pis encima, de ella, de la cama y esos desbordes caían hasta el suelo. Hasta que la enfermera llegó y le inyectó un anti convulsionante, la madre respiró tranquila un aire hecho de deshechos y la mujer que estaba al lado, en cambio de no mirar por pudor, miedo o asco, miró y enseguida, también, un rollo de papel que envolvía un tubo de cartón, lo agarró y lo desenvolvió como si, en un simple objeto, encontrara la cura de una enfermedad y quitó la materia fecal del que no era su hijo.

Los alimentos y los excrementos parecían difíciles de limpiar, después de las primeras capas de papel encastrado, quedaba olor. Entonces tomó su propia toalla, la enjuagó, la fregó con jabón, limpió el piso, sus manos y esparció por el aire gotitas de un perfume que llevaba en la cartera.

Cuando al niño se le pasó, el cuerpo seguía tenso, entonces su madre se lo puso en el regazo como si fuera una cruz que atravesaba su torso, su vientre y llegaba al piso.

Ese era el punto que usaba para pararse, el contacto con la tierra que el niño sentía para abrir los ojos que se dirigían hacia un costado del techo.

Su madre decía: “este es mi Hijo con forma de Jesucristo en la cruz que es mi cuerpo. Es de carne, blanda, sin ningún tipo de clavos, solo mis dedos”.

La otra madre pensó en el parecido con un instrumento, una guitarra o un violonchelo, por ejemplo, que necesita para sonar de los brazos de otros, como una marioneta acurrucada en una caja, en una función que genera mucho trabajo y conmoción a la vez.

Formas de mirar el cielo

Cuatro amigas, la misma edad, son formas distintas de ver el cielo. Una de ellas, dice: “esas nubes blancas parecen filamentos de una medusa que alguien cortó para vengarse del veneno que un animal expulsa cuando se siente atacado. Hay otros que son mansos, de eso puedo dar fe, las gallinas, por ejemplo, me acuerdo cuando mi abuela me decía, andá al fondo y traeme una para el almuerzo. Y yo me quedaba petrificada sin poder interceder en lo que me pedían que ejecutara. Andá, me gritaban, apurate que no tengo todo el día”.

Otra: “yo veo líneas cortas y duras como si fueran fósforos que, al juntarlos con otros, forman decenas de cosas por comprar. Si los uniera con un precinto conformaría un alambre de púa celeste en el que estoy adentro y no puedo escapar por miedo o falta de algún miembro que me permitiría subir, reptar, volar, traspasar”.

Otra: “estar juntas sin habérselo propuesto, eso para mí es el cielo”.

Otra: “yo veo manchas de una respiración entre una flor amarilla, una persona que maneja un auto y pasa al lado, sin darse cuenta que está”.

Después hacen una pausa larga y siguen:

Una dice: “desde ese entonces dejé de mandar”.

Otra dice: “yo soy la gallina”.

Otra dice: “cómo evitar lo que pasa”.

Otra dice: “interrumpámoslo”.

Y caminan hasta un espacio en el que hay mesas y sillas, en las cuales sentarse para tomar un mate y que los temas sigan su curso, a partir del movimiento leve de los cuerpos.

Entonces se acomodan cerca de una mujer concentrada en un libro que, por sus gestos, no se sabe si está entretenida con lo que lee o lo que escucha y las amigas, al darse cuenta que podrían ser observadas por una farsante, la invitan a dialogar sobre lo primero que se les cruza por la mente.

Una le pregunta: “hace cuánto tiempo que no ves el cielo”.

Y otra: “con qué palabras se describiría”.

Otra: “¿las hay?”

Otra: “las palabras son visitas desconocidas”.

Y la mujer dice: qué tal si nos tiramos a la pileta y lo observamos desde el fondo.

Y las cinco mujeres, en ronda, intentan permanecer en lo profundo.

Cuando no aguatan más salen a flote y, en cambio de intercambiar pareceres, se ríen.

Una vez que recuperan el aire, una dijo: “vi el cielo moviéndose”, otra: “yo también”, otra: “parecía un sueño atravesado por una cortina de humo”, otra: “un aro de fuego” y la última: “¿así será el apetito? ¿Dejar de ver quieto? ¿La incomodidad en todas las cosas?”

Y se aferraron a esa pregunta como si fuera un salvavidas, en unas vacaciones entre viejas nuevas amigas.

Unicornia: la pesadilla de la mamá

El padre y la madre habían discutido. Se notaban sus labios tensos, los ceños fruncidos, los ojos escapándose. Se recriminaban el presente, lento gotero que caía desde un estuche de plástico hacia el brazo de la hija que, cada vez que terminaba de pasar un medicamento, hacía sonar un timbre que llamaba la atención de una enfermera que entraba a la habitación y provocaba lo que parecía una interrupción.

La hija era alta, tenía piernas flacas, sus ojos eran saltones, parecían querer salir de una habitación vacía hacia un campo en el que hubiese animales feroces que se dejaran acariciar.

En ese momento, entró una doctora que le preguntó si se sentía mejor, qué le gustaba. Y ella respondió que el azúcar. La doctora, enseguida pensó, en la comida, los caramelos, las tortas, los alfajores, pero decía que no le importaba el sabor de las cosas sino la consistencia, gránulos diminutos rasposos que, de lejos, parecían suaves, sedantes, una cosa distinta a la que eran.

La doctora quiso investigar más, por curiosidad visual y la paciente continuó: “me imagino la república Argentina hecha de azúcar, la tierra, la flora, la fauna, las casas, la electricidad, la ropa, el transporte, los cuerpos, las mantas, los utensilios de cocina. Una manera de vivir dulce y urticante a la vez”. Y posteriormente, “no quiero probarlo” había dicho, mientras la madre y el padre, de espaldas a ella, miraban por la ventana. Quizá murmurando: “en este momento podríamos estar trabajando o mirando la televisión y estamos escuchando a dos idiotas”.

La doctora le aseguró que le iba a conseguir un libro lo más parecido a donde la imaginación de ella había llegado y, antes de irse a cumplir otros compromisos, la hija sentenció: “más que el azúcar me gustan los caballos y más que los caballos los unicornios que, para algunos no existen, pero para mí sí, y los otros se equivocan”. Y la doctora, la miró de una manera tensa, entre el deseo de contarle que ella cuando era chica estaba convencida de que era un ser excepcional y no quedar ridícula delante del padre y de la madre y, simplemente se sonrió, la hija captó el brillo de la mueca y repitió para sus adentros la palabra “unicornia”, como si fuese el nombre de un país blando, poroso, húmedo, de colores. Y, sin pronunciar palabra, se imaginó recostada sobre una roca negra con una malla rosa, cerca de una sombrilla amarilla, desentendida de cosas importantes. Con los ojos cerrados al mundo y abiertos hacia sí misma.

En ese momento sintió que un animal le lamía la mano y de esa manera la animaba a convencerse de que se parara, se trasladara y llegara a un lugar parecido en el que estaba pero con otra consistencia. Tenía pasto, árboles, flores, caminos, insectos blancos, sábanas con las que se tapaba cada noche la incentivaran a salirse de ellas.

Cuando la madre y el padre se dieron vuelta sólo vieron una sonda atravesar la nariz de una bestia que los había llevado lejos de donde querían estar, mientras su corazón se alimentaba con un líquido parecido a la luna.

Family Day

Era un día sábado del año mil novecientos setenta y seis cuando la directora de una escuela convocó a su plantel docente para informarle que, debido a la celebración del *Family Day*, no ocuparan su próximo fin de semana, que se suponía ningunx trabajaba. Las maestras y maestros parecían no sorprenderse con la noticia, puesto que, por sus caras ya conocían, lo que para una persona nueva, era una injusticia. La Nueva preguntó a sus compañerxs en qué consistía el programa porque no quería desilusionar a la directora que la había contratado hacía poco tiempo, entonces, aquéllos respondieron: “es una jornada recreativa en la que cada estudiante va con su familia a un campo de deportes. La idea es que sus padres y madres los vean jugando un partido de hockey o de rugby, según sean mujeres o varones”.

La Recién Contratada, continuó: “y qué función cumplimos nosotros” y los Viejos Compañerxs contestaron: “vamos para cuidarlos”, respuesta que suscitó en la Nueva, una nueva pregunta: “pero si están los padres y las madres por qué tendríamos que ir nosotrxs” y los Viejos: “porque se supone que acompañamos al colegio en esta celebración”. Entonces la Nueva, comentó: “¿no será que nos llevan para conformar un público más abultado? o ¿será que seremos nosotros los que tendremos que llamar a una ambulancia por si algunx se lastima o le pasa algo?, nos llevan como enfermeros, entretenedores o promotores de una institución que, en cambio de regalar cremas, sobrecitos de champús, jabones, latitas de gaseosas, regala miradas”. Los Viejos dijeron: “son unas horas nada más. Se pasa rápido. No tenés de qué preocuparte. Te llevan y te traen en camioneta”. Y la Nueva para sus adentros pensó: “por qué tendré que ir a cuidar a lxs estudiantes, seis horas que nadie me pagará”. Y para no renunciar ni bien la había empleado, se contestó: “voy a ir para despistar lo que ya está alineado”.

Llegó el sábado, se subió al transporte a la hora pautada, ingresaron por la puerta principal, caminaron hacia las canchas, los maestros varones se dirigieron a la de rugby, las mujeres a las de hockey, los padres y las madres ya estaban sentadas en las tarimas, sus hijxs correteando de un lado al otro. Una vez que terminó el partido, no hubo una conversación entre ellxs y lxs maestrxs, simplemente unas sonrisas, parecidas a las que se producen cuando alguien pasa cerca de otra, con una bandeja en la mano y le convida una masita, un vaso de vino o un canapé.

Entonces antes de retirarse del día de la familia, a la Nueva se le ocurrió retratar cómo habían quedados tirados los palos de hockey en la cancha, tuvo que ser veloz porque el desorden en este tipo de eventos dura instantes. Esos eran lo que ella quería captar como si fuera una arqueóloga que no precisa escarbar en la tierra porque ella muestra, a cada paso, piezas desenterradas. Parecían letras deshechas, la patita de la P, por un lado, la oblicua panza de R, por el otro, la línea corta que une las dos más largas de la A, más allá. Cada niñx se iba con el padre y la madre, unx de cada lado, sosteniéndose de sus hombros. Lxs maestros no se detuvieron a mirar nada que no fuera la cabeza del que iba adelante hasta la puerta de la camioneta. A nadie parecía importarle quién recogería los palos tirados, si total, esas letras ya habían sido usadas. La Nueva, desde ese día, se quedó con una vieja pregunta: “qué escribían esos juguetes manoseados sobre el césped”.

Bar Manhattan

Situado en la esquina de Pampa y Avenida Cabildo las personas que, una comensal asidua, ve que trabajan son: un cocinero al fondo, cerca de fuego; un cajero tapado por un mostrador de vidrio, cinco mozos, dos de los cuales atienden las mesas que dan a la calle, otros dos, las mesas que están en el medio y un último, que reparte su jornada entre, los clientes de atrás y los pocos que suben por una escalera teatral al salón de arriba.

Los cinco son altos y corpulentos. Tres de ellos son calvos, otro casi no tiene pelo y el quinto usa jopo. Parecen hermanos distanciados, hijos del mismo padre y madre separados o hijos del mismo padre con otra madre o viceversa.

Los días martes y miércoles lo frecuentan: una mujer de unos cincuenta años que llega arrastrándose con carpetas a depositarlas en la primera mesa que encuentra despejada, cerca de la ventana. Es la única persona que ronda su edad, el resto está formado por personas de sesenta y ochenta años.

Ella se sienta y, pese a que quiera concentrarse en hacer cuentas, anotaciones, planificaciones, no puede porque hay un murmullo que la envuelve hasta que desaparecen los deberes.

Un hombre sentado detrás conversa con una profesora de inglés. No quiere ser corregido sino animado a contar su vida en otro idioma y, como quien le enseña, se da cuenta de lo que su alumno desea lo escucha prestando atención a que, de cada interrupción, silencio o duda surja una repregunta.

Una mujer siempre llega sola, deja su cartera en el piso, se descalza, pisa con las medias el piso, que nadie sabe si está caliente o frío y mira un sitio entre un pensamiento que le cuelga de un mechón de pelo canoso mezclado con tintura rubia y el espacio, un escondite en el que se deposita una cereza madura que contempla sin querer arrancar.

Dos parejas ingresan hasta el centro y se dividen, las mujeres se van hacia un costado y los hombres hacia el contrario. Cuando éstos se sientan, se preguntan: “cómo estás, cómo están tus hijos” y su interlocutor contesta: “muy bien, aunque no están viviendo acá”.

Una pareja, inclinado el hombre hacia el respaldo de la silla y la mujer, con el torso por encima de la mesa reman un bote de cemento por un río. Él le grita: “si hubiese sabido lo que iba a vivir con vos no me hubiera casado” y ella: “y, vos qué te pensás, la verdad es que yo tampoco y, a los diez o quince minutos, fijan sus miradas en puntos centellantes, como si se tratara de mojarritas, lo que no son más que unos segundos fuera de sus historias, lo que provoca que digan: “qué tal si pedimos un café”.

Una madre se junta con su hija a repasar, entre palabras relacionadas con un trámite, cosas que, pareciera, no suceden. La hija le describe a su progenitora cómo son sus hijxs: el color de ojos, de pelo, la altura, lo que a cada uno les gusta hacer. Nadie sabe ni tiene por qué saber por qué hay palabras donde se podría estar o ver.

De los cinco mozos, solamente uno atiende bien, cada vez que la mujer de cincuenta años llega, desparramada, él le pregunta: “qué va a tomar” y, enseguida sin que le tenga que explicar nada, responde: “ya sé, dos sandwichitos y un café”.

La chica que quiere ser un globo

Todos los lunes un padre acompaña a su hija desde su habitación hasta un piso, que nadie sabe, si está más abajo o más arriba para que le hagan estudios. Una vez que la examinan, dos camilleros se encargan de trasladarla, nuevamente, hacia el mismo lugar en el que estaba, por lo menos desde hace seis meses, pero quizá sean más.

El padre no dice ni una palabra. Sus ojos son abejas desencontradas de una flor y se posan cerca del rostro de su hija que no lo puede ver a él porque los suyos están cerrados de dolor.

Su llanto es suave y persistente, dura una hora, dos, incluso todo el día. El padre no se acostumbra y decide salir a buscar una solución que no sabe dónde está y para averiguarlo, la deja al cuidado de una señora que, ni bien ingresa a la habitación, esparce un desodorante con olor a manzana.

Cuando la hija se calma, no se sabe si por el aroma a fruta, los pasos de una persona desconocida o porque, simplemente, el tiempo pasó, abre los ojos, respira de una manera pausada y la saluda. La señora se presenta, se sienta al lado de ella, le pregunta si tiene ganas de orinar, si desea que abra, apenas, la ventana, o en qué puede ayudarla. La hija le pide que le alcance hojas para pintar, la señora piensa, en cómo tendrá fuerzas si ni siquiera comió y ella que escucha lo que la mujer no pronuncia, contesta: “sostener el pincel me recuerda a haber devorado una porción de torta de frutilla y chocolate”. Y pinta un gato negro sentado en una rama de un árbol negro también, la luna color manteca y el cielo azul, celeste y violeta. Una vez que termina ese, pinta otro en el que hay una casa al lado de un árbol, montañas detrás y un lago adelante con un bote sin remos ni ancla, que flota solo. La señora le pregunta si no teme que sea arrastrado por la corriente, perdido. Y la hija le dice que no, que miedo le da ser llevada por las manos de los camilleros porque conoce de memoria el camino, hacia la izquierda, luego a la derecha, va y viene de manera recta. La señora le dice que, en la medida que pinte pegará en las paredes esas “bellezas”, usa esa palabra para referirse a lo que no quiere que la hija guarde entre dos tapas negras de carpeta. Y cuando termina de decorar el lugar, la hija le da una carta que escribió, mientras ella adhería sus obras. Cuando la señora la lee, le pregunta: “no sabía que querías convertirte en un globo aerostático, azul, celeste, violeta, siempre me encantaron, pese a que nunca supe dónde los fabrican, desde dónde salen. Pero si vos querés, lo voy a averiguar para contarte”.

La hija le pidió que no colgara las cartas, que las palabras se las iba a dedicar a ella, no quería desilusionar a su padre que había salido a buscar una solución para recuperarla, peinarla, ayudarla a vestir, salir a caminar, volver a su casa, que nadie sabe si está cerca de un árbol, una montaña, un lago y un bote y arrancar las flores con la fuerza que tienen las manos cuando los ojos ven algo que hacen que crean en sí mismos, la posibilidad de extender la vida en un vaso con agua que decora una mesa en algún lugar del cielo.

Maneras de gritar

Parecía un viernes igual al cualquier otro, pero no lo fue. A las cuatro de la mañana la esposa se había levantado para organizar la jornada que comenzaría a las ocho. Se puso las pantuflas, los anteojos, colocó la pava a hervir, tomó un mate y comenzó una danza fantasma: repasó el inodoro con una escobilla, enjuagó un trapo y lo pasó por los azulejos, retiró, con una gamuza, el polvo de los muebles, recogió las hojas, caídas del otoño, en el patio, lavó, secó y guardó platos, acomodó los bolsos y los zapatos que se pondría cada integrante de la familia, puso una cacerola con agua a hervir con papas y un trozo de zapallo para que se llevaran de almuerzo.

Cuando estaba dando vueltas un par de medias para depositarlas en el lavarropas, bajó el marido y ella percibió que su intranquilidad la chistaba en una calle oscura.

Lo que produjo que, en cambio de encender la hornalla, poner a calentar la cafetera, el pan a tostarse, abrir la heladera, sacar la manteca y el dulce, llevarlos hacia la mesa, sorber el café y morder una tostada, le gritó a la esposa: “¿no podés quedarte quieta. A esta hora de la mañana, por qué no te sentás, acá, un rato conmigo y tomás un cafecito”. La esposa, intentando estar en calma, le contestó: “no puedo, en un rato entro a otro trabajo y todavía no terminé con la mitad de las cosas que hay que hacer acá. No te olvides que mi madre viene a la hora del almuerzo para dejarnos comida, pero que, si no hacemos las compras, con qué va a cocinar”.

Y él, sin comprender lo que ella explicaba, provocó que un rayo electrificara las paredes de la casa y a los hijos que tenían en común.

Uno esgrimió: “papá tiene razón, por qué estás trabajando a esa hora” y la hija se abalanzó sobre su brazo que confrontó, de manera brusca, con su soledad.

Entonces, lo que parecía limpiarse y ordenarse, de pronto, fue una bolsa de basura rasgada, a propósito, en el centro del comedor que transitaban siempre.

Hasta que el padre, el hijo y la hija se fueron y la madre, antes de irse a trabajar también, respiró y dejó pasar unos instantes hasta que lo llamó al marido y le gritó: “te comportás como un niño encaprichado que pide, reclama y se enfada, reaccionás en cambio de morderte los labios, pensar. Mientras que vos querías un momento, a mí no me alcanzaban las manos para cerrar la puerta del lavarropas, la tapa de los recipientes con comida. Egoísta. No me servís”.

Y a la hija: “las manos sirven para defenderte de alguien que te ataca y yo te estaba preparando la comida”.

Recién en ese momento, pudo bañarse, vestirse, organizar la cartera y el bolso con el que saldría. Después tomó un café en una taza grande y observó el espacio.

La mesa en la que comían todos los días parecía que gritaba, las sillas, las lámparas; las facturas de luz, de teléfono y gas; las toallas en el baño, las que estaban colgadas y las que estaban, perfectamente, dobladas; la vajilla tras la reja de la alacena; el detergente, la lavandina, el limpiavidrios, la cera se insubordinaron, mezclados. Trazaban caminos perfumados sobre los desperdicios.

Kitty

No es el nombre de una mujer sino el de una gatita que se hizo famosa por ser hermosa y que una mujer elige para que decore su guardapolvo.

Su parche cocido en el bolsillo superior derecho parece presentarla de una manera distinta a la que es.

Ni bien ingresa a su trabajo, antes de dejar el casco, el bolso y su saco colgados del perchero, ingresa a la oficina en la que se reúne el personal para completar planillas, almorzar, sonreír y criticar. Sin saludar abre una puerta imaginaria y se produce un silencio general. Mientras que ella observa a cada unx para saber si llegaron a horario, cómo están vestidos, qué temas están tratando, las personas miran hacia abajo, sus deberes que están apoyados sobre una mesa compartida. Y continúa: “qué te toca hoy a vos, ah, qué estás esperando, ándate ya para allá” y en menos de un segundo el aire de un campo imaginario comienza a picar. Como si la mujer, en cambio de dejar tranquilo un panal de avispa, lo hubiese ido a visitar y, sin querer asomar la cara, dispusiera sobre el peligro la cara de lxs demás.

Luego, se marcha hacia su oficina en la que hay una silla, que no parece cómoda pero la hace sentir cómoda y fija su mirada en un ordenador, al que ella le ordena cosas, a continuación de que primero se encienda él. Y así se pasan el resto de la jornada. Cuando los picados vuelven de sus recorridos, se sientan, descansan y ella vuelve a ingresar a un lugar que parece incómodo porque es pequeño pero, por ese mismo motivo, genera un fogón, el sitio en el que cualquier persona, con ganas de estar con otras, elige para disfrutar de lo que vaya a surgir.

Y le dice a una de las empleadas: “vení conmigo, con vos quiero hablar”. Y se van.

Hasta que después de cuarenta minutos la chica que se había ido con ella regresa y el resto le pregunta: “qué pasó” y contesta: “me dijo que no podía trabajar como lo venía haciendo. Que hay reglas. Que no puedo preguntarle a nadie cómo está. Que las actividades deben ser cerradas. Que tenía que hablar de autos, señales de tránsito, camiones, banquetas pero de nada más porque con una pregunta podía cometer un error”.

Entonces la chica no le respondió nada pero se quedó con una bronca bárbara porque no entendía por qué a Kitty le daba tanto miedo estar al lado de una persona, a la que seguro le hubiera gustado lo mismo que a ella si la hubiera conocido años atrás”.

A continuación, cada uno guardó los útiles en sus cartucheras, sin estar apurados, la manera fue rápida, firmaron la salida, manotearon sus pertenencias, saludaron como si nada pasara, apretaron el botón del ascensor y bajaron hasta la entrada.

La chica retada se fue con una cantante que componía sus propias letras, a partir de la sudoración que le provocaba la piel irritada del mundo.

Lo que provocó que se abrazaran por identificación espontánea y caminaran, primero hacia las paradas de colectivos que las llevarían cada una a la casa pero, como se estaban entendiendo, siguieron de largo, vaya unx a saber hasta dónde, si los pasos que dieron formaron en la ciudad un gato, tierno, dulce, que la única palabra que pronuncia es: “hello”.

Te estás portando mal

Los hombres que usan mamelucos rosas son los encargados de trasladar cajas transparentes con comida de un piso a otro, los que usan mamelucos celestes son los que se encargan de tomar la temperatura o la presión y los que usan mamelucos verdes son los que se encargan de realizar intervenciones sin que lleguen a considerarse una operación.

Caminan en fila por un largo pasillo que incomunica el dolor de una persona con el de otra porque cada habitáculo tiene una puerta. Entonces, para seguir el protocolo de silenciar lo que podría ser un grito inaudito, llevan a la persona afectada a un salón especial en el que se le realizará el procedimiento.

Nadie sabe de qué se trata lo que a otra le van a hacer, quizá les parezca que el silencio es la manera adecuada de no impresionar. Es como si un insecto picara a propósito y se explicara la intención y las consecuencias aunque, se supongas, que sean buenas.

Un familiar sostiene los brazos de la persona a intervenir hasta que alguno de los hombres que usan mameluco verde debe realizar una incisión en una parte del cuerpo para colocar un elemento extraño al mismo, como podría ser una aguja.

La persona maniatada llora por el dolor que hizo que terminara en un sitio que no es su casa, por el dolor que le provoca lo que le hacen y por el miedo que le produce ver a ese hombre encima suyo que le habla: “tranquilo, no pasa nada. Si portás bien saldrá bien, si te portás mal saldrá mal”. Y la persona llora con todo su ser que dejó de ser uno y se convirtió en la manifestación de cada una de sus partes, llora su mente, su estómago, su pie, sus párpados, sus pulmones, el hígado, la piel, la boca, la lengua, los dientes, los genitales, los dedos de las manos y de los pies. Lloran sus partes disgregadas en una cama dura y blanca en la que parece que hay un solo cuerpo pero hay cientos de partes agitadas que no se calman porque se desunieron.

El hombre verde transpira y mira fijo a la persona como si esperara que la que siente dolor dejara de sentirlo para entender su disgusto técnico. Y este deseo no ocurre, pasa algo peor y es que la persona, al sentirse forzada, le escupe la cara, como si las partes sueltas, por arte de magia, hubieran logrado hacer juntas un lago artificial en el que flotar un fin de semana.

El hombre cierra los ojos para concentrarse y no hacer peligrar su carrera que lleva más años que los que tiene enfrente suyo, respira y, con un tono de voz imparcial, parecida a la de un juez tierno que dará un veredicto en una causa injusta, prosigue: “te estás portando realmente mal y te haré doler sin querer”.

La madre que, por impresión, no mira los ojos del hijo porque no sabe por dónde andan, ni los del Verde, toca con una de sus manos imaginarias el vestido que tiene puesto para reparar en la realidad y contestar, aunque sea de una manera oscura, lo que parece un suplicio que no tiene fin: “no se porta mal, estúpido, no ve que le duele”. Pero no quiere insultar a quien está salvando lo que más quiere y se comprime hasta que pase un momento creado con la punta de un cuchillo que ella conoce, desde tiene uso de razón, un utensilio útil y peligroso, como cualquier palabra que sale del cajón de una alacena, cerrado desde hace años que se abre por implosión adivina lo que impacta en la paciencia de los dos familiares y provoca que ambos, al mismo tiempo, griten: “basta”.

La rueda ausente de un carro que sigue funcionando

Una señora conversa con otra sobre una tercera que no está. Le cuenta lo que fue su fin de semana que, habiendo invitado a una amiga a pasarlo con ella, terminó aburriéndose sobre manera. Continuó: “desde que llegó hasta el adiós habló de un mismo tema y cuando quería cambiarlo, ir por otro camino en un auto, se las ingeniaba para maniobrar mi propio volante y avanzar por donde ella conocía. Resulta que su marido la dejó por otra y, si bien sus palabras se aferraban a una especie de agradecimiento a dios o al amor por haberlo sacado de su vida, sus mismas palabras volvían presente al hombre ausente”. La persona que no la conoce le responde: “¿y en algún momento te preguntó por tu hermoso jardín?”.

Quien ofició de anfitriona le respondió: “sí, pero su concentración era tan fugaz que, en el momento que quería explicar lo que había nombrado, sus ojos me habían dejado.

Entonces mientras la escuchaba porque qué otra cosa podían hacer, dos mujeres solas en una casa, atadas a que pasara, después de dos días, la primera lancha que las regresaría de nuevo a la ciudad, tuve la imagen de una carreta, su vida, hecha de madera, clavos, riendas y un toldo. Que haya costado trabajo dejarla lista, resistente para que se suban cuatro personas, por lo menos y que, de golpe se hubiera zafado una rueda porque nadie había notado que estaba floja y, en cambio de caerse hacia adelante o hacia atrás la familia entera, hubiese seguido de largo, no me queda claro si de una manera renga, voluntariosa o vacía”.

La señora que habla con la anfitriona le dice que para la próxima tiene que invitarla a ella y le recrimina a qué debe que nunca la haya sido así.

Frente a lo cual responde: “es que es una amistad que lleva más de cuarenta seis años y, al rato que siento que su dolor me asfixia, me doy vuelta para revolver la cacerola, retirar un pocillo de café, sacudir las migas del mantel, doblar las servilletas y me da lástima. Y pienso, sin decirle nada: cuando él se fue tendrías que haberte dado la oportunidad de enamorarte o que el silencio que dejó se llenara de estas bellezas y le señala, de manera imaginaria, los capullos de las rosas, los tallos de las margaritas, las hojas de las petunias, los troncos de los álamos, los rayos de sol que ingresan por la ventana para abrazarnos, el viento que recoge nuestros secretos y vaya a saber una dónde los lleva, la alacena llena de paquetes que esperan que los abramos como si fuesen corazones que no se desangran con las manos, las zapatillas que dejan agujeros por el peso que tenemos, a esta edad, en la parte negra del piso, como si nuestros cuerpos estuviesen confundidos de llamar de ese modo a la tierra”.

“Yo quiero que me invites aunque no te lastime”, responde quien escucha y, a su vez, quien relata lo que podría haber sido un sueño: “el viernes tomamos la lancha juntas, previo a preparar los bolsos con cosas que quisiéramos hacer o llevar para cuando la otra no quiera escucharnos, un libro, un cepillo de dientes, una crema para colocarnos en el cabello. En esos espacios propios quizá nos extrañemos y encontrarnos en la cocina, el patio o el pasillo del dormitorio constituya una sorpresa”.

Ese fin de semana que comienza con una charla con otra persona, llama por teléfono la amiga a la anfitriona y ella, pidiéndole perdón en voz muy baja, que casi ni se escucha, corta.

Chicle rosa

Una mujer, treinta años de edad, es contratada para cuidar a un chico que por un tiempo, nadie sabe cuánto será, no podrá estar con su madre ni con su abuela.

Con su nueva tarea no se la ve ni feliz ni triste, simplemente, sus emociones están paralizadas pese a que, es con el dinero que le provee su tarea, que su organismo funcionará.

Es así que se produce un espejismo en el que las letras amarillas de su remera negra hacen una ronda delante de ella y forman nuevas palabras: “no está nada mal tener un trabajo que consista en quedarme, prácticamente, quieta”.

El chico la mira como podría ver un mueble, un recuerdo u otra persona que haya cumplido el mismo rol, un tiempo atrás. La saluda y se concentra en ganar una batalla que se produce dentro de un dispositivo que entra en una mano.

Ella acomoda su colcha en la cama del acompañante y, como no observa en el chico nada que llame su atención, se acuesta, desenvuelve un chicle, se lo lleva a la boca, lo mastica y comienza a hacer globos.

En un momento dado, entra una integrante del personal de la planta general y le pregunta si no se dio cuenta que al tubo le faltaba oxígeno y ella contesta que no, que nadie le informó en qué consistía su deber. Entonces le pide a quien imparte las órdenes que la espere, así busca un papel donde anotar. Quien sabe le explica: “para tomarle la fiebre, medirle la presión sanguínea y traer los medicamentos estamos nosotras. Vos tenés que asegurarte de que él haga lo que nosotras decimos y siempre mirar estos cableados para constatar si pasa o no lo que tiene que pasar”.

La cuidadora escupe el chicle en un cesto de basura antes de dirigirse al chico y le pregunta: “¿vos sabés cuando te estas quedando sin aire? ¿Me podrías dar una señal?” Pero él, compenetrado en unos disparos, cierra en su mente una puerta de la casa de su infancia para que nadie lo vuelva a molestar.

Entonces, la cuidadora vuelve a desenvolver un chicle, se lo lleva a la boca, lo mastica y comienza a hacer globos, cada vez más grandes. De modo tal, que envuelve a su billetera, su DNI, los zapatos, la cama, la comida, la mesa, hasta impregnarla a ella también.

Cuando toca la cara del chico, éste presiente la amenaza y grita: “estoy triste, enojado con todos los de acá porque critican a los demás sin saber cómo son. Yo me quiero sacar el respirador y me preguntan ¿vos sos doctor?” Y hace un movimiento brusco con la mano, lo que provoca que el globo se pinche y la mujer le pregunte: “por qué” y él responde: “podrías haberme convidado, vos también son mala” y ella que no le gustan las palabras se acerca y le ofrece uno, que el chico desenvuelve, se lo lleva a la boca, lo mastica y hace un globo que remedia la herida del que lo amenazó y, recién en ese momento -cicatriz de una herida dulce- se entienden y con leves movimientos llegan al borde de una ventana que provoca que, con el peso de los cuerpos, caigan al techo de un edificio que los espera con una sombrilla desplegada turquesa, un perro policía con ojos buenos, una silla desvencijada con la que su dueño toma sol, una botella vacía de plástico que llenarán de agua para sacarse los restos del encierro y así dar comienzo a una etapa en las alturas, donde el aire llegue de una manera menos bulliciosa, dos personas que, sin amarse, se encuentran para respirar mejor.

Sahumerios, medialunas, proyectos

La señora que atendía la puerta de entrada del edificio no era la que esperaba al personal en el primer piso, vestida con medias negras de nylon que le hacían juego con la pollera, una camisa blanca con las mangas ensanchadas hacia abajo, unas botitas de charol y una bufanda ceniza.

En el centro de la sala saludaba a los participantes que llegaron en el siguiente orden: un hombre joven de piel morena, nariz trigueña y buzo rosa; una mujer con ropa deportiva y tonada latinoamericana; otra con un tono similar, apenas un poco más acelerado; una mujer seria con el deseo de escapar y una directiva acostumbrada a hacer las cosas bien, sonreír y morder.

Quien coordinaba el encuentro dijo: “lo primero que vamos a hacer es conocernos a partir de una caminata por el espacio, si me cruzo con la mirada de algún compañerx, sin inhibirme, la celebro”.

Después de pasados unos diez minutos, continuó: “ahora, les propongo que se sienten, visualicen alguna de las cartas que están dispuestas en el piso, elijan una y piensen si les gusta, sino no, si hay algo en ella que se refleje de ustedes o viceversa”. Las palabras que tenían eran: amor, mediocridad, desafío, respuestas.

Cada asistente fue invitado a expresar qué relación había experimentado con ella, pese a que la primera consigna, pasados unos segundos, había cambiado y consistía en que cada unx contara qué esperaba de la reunión. Cuando le tocó el turno a la seria dijo: “escuchar a los demás porque lo que me pasa cuando entro a la sala de planchado es que me siento aturdida por el ruido de las máquinas más que por la cantidad de prendas por despachar”. “Eso”, comentó con una voz de azúcar la que coordinaba, “sería bueno lo comentaras en otra oportunidad porque es algo individual y acá estamos para conocernos y percibir cómo nos sentimos en este mismo momento”. La seria creyó que era el sitio adecuado para expresar lo que le estaba pasando pero como, a su alrededor, las otras personas parecían a gusto con el aroma a sahumeros y la disposición en ronda, se calló.

“En un ratito, traeremos café y unas medialunas pero, antes del *break*, quiero que lean unas afirmaciones en voz alta y cuenten, si tienen ganas, cómo están” y pasó un papel con las siguientes oraciones: “nunca me faltó comida, nunca me sentí discriminado por el color de piel, en mi casa tengo equipos tecnológicos” y una de las asistentes no asintió con la lectura y respondió: “en mi casa no había para comer, alquilo, nunca tuve algo de más”.

La que tuvo la idea de la puesta a circular, dijo: “ese un muy buen punto: el desencuentro. Porque hay diferentes clase sociales, distintos colores de piel, distintas elecciones sexuales. Muy bien, gracias por compartir y siguió: quién más quiere decir algo”.

A los participantes se los veía sin entender qué buscaba en una sala clara, por la luz que ingresaba, que no llegaba iluminar el futuro de los presentes.

Entonces, cuando vio que la apoyaban infra vivientes cambió de tema y propuso: “vamos afuera así comen algo y beben”. Después del recreo lxs espero, así conversamos de proyectos.

La seria, mientras sorbía el café que replicaba el ruido de las máquinas, pensó en traicionarla.

Un sol- ojo amarillo chorreado hacia el mar y decenas de gaviotas negras sobre borde del atardecer

Una chica cuenta que, desde que está donde está, le parece que se olvidó la mitad de su vida. La médica frunce el ceño y le pregunta: “qué quiere decir eso” y la chica continúa: “estar acá deshizo mi escuela, mis compañeros, las materias , hasta qué era lo que me más gustaba. Lo único que me acuerdo es de una profesora, mala, pelirroja, a la que todos le teníamos miedo. Entonces, no sé cómo voy a hacer para enfrentarme a ella”. La doctora le pregunta: “qué recordás” y la chica acostada responde: “lo que dibujo desde que llegué a este lugar. Por ejemplo, este cielo naranja con un sol amarillo que parece caer sobre el mar y decenas de gaviotas negras que lo atraviesan”.

Entonces, la doctora le dice que quizá el recuerdo, a partir de ese momento, se parezca a lo que dibuje.

La chica pide que le acerquen un cuaderno, en cuyas hojas había retratado a personas significativas, el padre ingresa a la sala y le señala, a medida que pasa las hojas: “esa es mamá, la tía, el hermano, la abuela, la maestra, el jardinero”. Pero no hay caso y, en cambio de ponerse triste, se ríe, la doctora le pregunta de qué y responde: “la cara de este hombre pareciera que espera un milagro, no sé, una flor de frutilla, un dormitorio pecera, una plaza pileta, una laguna de tinta”.

Cuando la doctora la ve así, se despide y la chica la interroga: “¿alguna vez pintó sobre tela?” y le responde que no y que, si ella tiene ganas, le puede llegar a conseguir. La chica se queda con esa imagen, del mismo color que el guardapolvo de quien se va y se queda dormida.

La doctora, ni bien cumple su horario laboral se dirige a un negocio en el que venden este tipo de productos, pide lienzo y dos pomos de acrílico azul y violeta, una joven vestida de negro con pequeñas calaveras blancas se los envuelve, paga y se retira con el regalo.

Al otro día, cuando se lo da, la chica quiere que le alcancen un vaso con agua, un plato y un pincel y sentencia: “ah, creía que se iba a deslizar más. Cubrir el fondo será costoso” y la deja a cargo de sus asistentes.

A la semana siguiente, cuando la va a visitar, ella no se encontraba, en la cama había dejado el bastidor con el retrato de uno de los camilleros, vestido con un enterito de jean, un sombrero de paja y una tijera de podar de la que caían dos gotitas, una roja y otra verde que, al tocar la tierra, hacían crecer seres mitad flores mitad personas.

Cerca o lejos

Un hombre quiso sorprender a una mujer con una propuesta que no la sorprendió porque, lo que para él era inédito para ella tendría que haber sido, desde siempre, una obviedad. El hombre, antes de que culminara diciembre, le dijo: “como se me ocurrió que vivamos un verano diferente invité a mis compañeros de fútbol cinco con sus respectivas esposas a pasar las vacaciones a Chile”. La mujer, enseguida le contestó: “ya era hora de estar acompañados en lo que, de otra manera, es un gasto permanente”. El hombre continuó: “no tenés que preocuparte por nada, ya saqué pasajes de avión, reservé un alojamiento que tiene vista al mar”. La mujer, como tenía otras diligencias por hacer, concluyó: “cuando vos nos digas, preparamos los bolsos y nos vamos”. El hombre no supo cómo ubicar la respuesta de la mujer en su corazón y, en cambio de averiguarlo, lo tocó con la intención de que recordara ir detrás de una pelota y festejar con una cerveza los goles que si hacían o no daba igual porque eran todos amigos. La mujer en lo único que pensó, mientras se subía al auto, fue: “por primera vez voy a poder dormir, charlar y comer sin pensar en apurarme”, cerró la puerta y arrancó hacia un sitio al que debía ir que nadie supo cuál sería.

El día llegó, las familias recargaron sus respectivos autos con bolsos, carteras y maletas que depositaron en un carro de metal, una vez que arribaron al aeropuerto internacional. Si bien entre las mujeres no había confianza se las ingeniaron para sacar temas, a partir de lo que observaban y así se les pasó el tiempo hasta llegar a un complejo compuesto por cabañas. Después de almorzar en un restaurant, hicieron unos pasos y llegaron a la playa, momento en el que el hijo del organizador sacó una pelota roja que tenían guardada y se armó, de manera rápida, un partido de fútbol entre padres e hijos que, al cabo de cuarenta minutos, se distorsionó y el juego consistió en patear la pelota lo más lejos posible y quien lo lograba, ganaba. A nadie pareció importarle el hecho de que el tamaño de una pierna de un adulto difiriera respecto de la de un niño porque, quizá, se trataba de una burla hacia ellos disfrazada de risas, vasos de naranjada esperándolos y un sinfín de promesas por cumplir en un viaje que recién comenzaba.

Pero pasó que uno de los chicos se empezó a poner cada vez peor y le gritó a uno de los amigos del padre lo siguiente: “no es gracioso, si la seguís pateando así la voy a perder”. Y como el hombre lo desobedeció y arrojó hacia el mar, el padre del chico quiso entrar pero como era el pacífico, que es tumultuoso, se cayó, hasta que el pateador le gritó: “vení para acá que te estás ahogando”. El padre, por todos los medios, intentó regresar y en la orilla, padre e hijo se pusieron a llorar, uno por haber perdido su pelota y otro porque casi perdía su vida para recuperarla. El jugador se acercó hacia los dos, les pidió disculpas e intentó abrazarlos pero no hubo caso, el amigo le quitó el brazo del hombro y le dijo: “tranquilo, ya se me va a pasar” y el chico: “yo no te perdono, mirala, era mía y ahora de quién es”.

Al día siguiente, quien se burló compró otra igual, se la dio al chico quien se la agradeció pero no quiso seguir jugando.

En el mar ya no flotaba, por eso, durante mucho tiempo, el chico se preguntó si se habría hundido, desintegrado o si los integrantes de un cardumen se la pasarían entre las aletas

hasta llegar a hacer un gol imaginario en la cancha del colegio que veía todos los días desde la ventana del aula.

Cinco de la mañana

Es el horario habitual en el que una mujer se levanta para sentirse sola porque sola no está, en su casa la acompaña su hijo que duerme en una habitación en el piso de abajo, una hija que duerme en el piso de arriba, un marido que duerme en un piso más arriba de la hija, una perra y un gato.

A esa hora, entre las seis que amenaza el sol con salir y las siete en la que se despertaron, la madrugada es una extensión de un vaso de vino tinto volcado en un sueño que mancha la sábana con la que una persona estaba tapada y la levanta de una manera omnipresente y quieta, parecida al abridor de una botella que se clava en un corcho y, mientras que cualquier ser humanx enrosca una vara de metal ondulada, se levantan los brazos de una bailarina gris con una cabeza agujereada.

Entonces, se desliza desde su habitación a la cocina, de allí adonde duerme el marido y, sin despertarlo, se sienta al lado y escucha su respiración.

Enfrente suyo hay una ventana con una cortina que tapa el momento en que la claridad aparecerá de repente y, para detener el contraste, enciende un velador que ilumina un elefante blanco con la trompa levantada, un frasco de vidrio con flores rojas pintadas, un taco de madera que la señora usa para pisar papeles y un cuaderno con letras doradas en un idioma extranjero.

El gato duerme acurrucado en la cama matrimonial y también el perro. Es ese silencio un momento de comodidad total interrumpido por un ordenador apagado. El mismo que almacena la totalidad de las imágenes de la historia familiar, los trabajos escritos, las claves y correos personales de cada unx. La alivia ver dispuesta sobre la cámara, ubicada arriba de la pantalla, una cinta que impide mirar, lo que una conocida le dijo sobre la peligrosidad de las cámaras al descubierto en un cuarto. Dado que, dicen, hay personas que se dedican a vender películas con material sexual de personas que las tienen conectadas a computadoras ubicadas en el mismo lugar donde duermen.

Y palpa al marido, la pierna, el brazo, la cabeza para oponer frente al plástico el perfume que cada persona produce con otra, después de muchos años de convivencia.

Piensa que una manera de aferrarse a la indiferenciación es diferenciar la gama oscura: noche, vino, gato, plástico, memoria, trabajo, anonimato.

El marido a las cinco y treinta comienza a desperezarse, lo mismo que los hijxs, cada unx a su turno, a las seis sube unx y a las seis y veinte otrx.

La mujer deja de sentir una caricia para transformarse en una pluma caída desde un lugar muy alto, queda algo arrancado frente a los ojos de todxs.

Caminar con tacos un cementerio

Camina por su casa, sólidamente construida, como si fuese un amontonamiento de escombros en un cementerio. Se tropieza y lastima una y otra vez, lo que provoca gritos en su madre: “no puede ser que te haya dado lo mejor y me devuelvas sangre, siempre en un hospital termino y cuando me preguntan dónde vivimos y les muestro una foto, creen que miento”.

La hija no responde para interrumpir lo que de otra forma sería la continuación de un derrumbe sino que hace caso, toma un analgésico y se dirige hacia su cuarto estallado en mil pedazos imaginarios. Se saca las zapatillas, busca un par de zapatos con tacos en el ropero, se los coloca y comienza una caminata que la dejará caída y en silencio.

Cuando la madre se acerca para llamarla a comer y no contesta, entra y, así sucesivamente, vuelven a ver a los doctores, por una causa o por otra.

Hasta que un día uno de ellos dice: “lo mejor será que se quede acá para observarla” y lxs profesionales notan que recostada produce con las manos cosas inolvidables: anillos de grullas, guantes, medidas, portavasos y gorros de lana, dibujos con soles, corazones y arcoíris, la palabra *amor* en cada retazo blanco de la sábana.

Pero, en cambio de consagrar a una princesa acéfala se juntan en la sala de reuniones, lo que provoca que, más que alagarla la interroguen.

Una bibliotecaria recibida por el amor a las fundas de los libros más que al contenido de los mismos, le pregunta: “¿quieres hacer uno?”, como si fuese una tejedora que hace un pulóver no porque abrigue sino porque le da placer unir un punto con el otro y ella acepta realizar un objeto por el sentimiento, supone vivirá, cuando lo termine.

Quiere escribir sobre amigos, tejidos, comidas y peluches pero cuando lxs idóneos se enteran le preguntan, cómo es posible que no haya mencionado su pasado. Y ella, en cambio de contestar, envuelve piedras recordadas con lanas que no quiere arrojar, regalar ni vender, simplemente agarrarlas, lo que provoca que, después de un tiempo, lastimen sus palmas.

Lxs expertxs no aceptan que este cuadro ocurra en un lugar en el que cada uno tiene una función que desarrollar para recuperar y la derivan a otro en el que no conoce a nadie.

A la bibliotecaria la retan por mostrar un amor desmesurado por un objeto más que por un ser vivo.

Lxs competitivos atienden otros casos.

La madre guarda los tacos de su hija, se pone sus zapatillas y camina cómoda por su casa.

La hija camina descalza por su cabeza en busca de una piel que la tranquilice.

La bibliotecaria separa palabras por orden alfabético para desentrañar un misterio: cómo es posible que haya sido deportada una chica contenta y habla con un chico que le cuenta dónde fue llevada y abraza la carcasa de un libro con la intención de que se aferre, con toda la fuerza, a una tabla de barrenar irreal para que se salve de lo que le pasa.

“No sabés lo que lloré, estabas re enamorado”

Cinco hombres descienden del colectivo 110 en Cervantes y Avenida Nazca y, sin dirigirse la palabra, caminan, uno atrás del otro, hasta llegar a un edificio en construcción en Argerich y Tres Arroyos. Ingresan por un portón cubierto por una chapa, lo que más tarde será una puerta, un hall o un palier.

Una vez que están allí, nadie sabe dónde se cambian con sus respectivos mamelucos color tierra, arneses y cascos amarillos.

Un señor los observa desde su terraza a la que le cuesta subir, dada su edad, ochenta y seis años, lleva viviendo en el mismo lugar, que supo ser hogar de su madre y de su padre. Ahora es él quien recorre, con cierta dificultad, los espacios que conservan el alma de sus primeras pisadas hasta las que se obliga a realizar, aunque le duela cada parte de su cuerpo y no lo diga, porque no quiere aclarar una obviedad. Su casa heredada: un patio con azulejos y una virgen en el centro, una cocina, un lavadero, un baño y dos dormitorios. Ese es el trazado de su corazón sin ventilación ni luz natural y para hallarla, desde que su madre lo dejó, debió subir una escalera. Él no se obliga a llegar hacia ella, es su esposa, desde una mesa con libros que le reclama: “por qué no te aireás un rato si para la comida falta”. Y para no tentarse con pan y sumergirlo en una cacerola cruda, le hace caso. El tema es que no sabe dónde ubicar los ojos, antes sí, enseguida encontraba cosas para hacer: sacar las hojas de la canaleta, las maderas arrumbadas del cuarto del fondo, barrer, destapar las rejillas pero, desde que sintió que no tenía el mismo equilibrio y no quiso pedir ayuda a ninguno de sus hijos o vecinos, se pierde en la casa de siempre. Hasta que encontró a quiénes mirar, esos obreros de la construcción que, de lejos, parecen siempre jóvenes, le llama la atención el movimiento sincronizado entre la mente, las manos y los pies, algo trivial que festeja con todo su ser, un regalo que los obreros no saben que son, detrás de sus espaldas.

Todas las tardes, después de las seis sale con una bolsa a hacer mandados y como tiene que pasar por el edificio para llegar al supermercado piensa en lo mismo: “pensar que desde mi casa veo una voluptuosidad que, desde la vereda, se achata” y enseguida: “cuando me muera qué pasaría si la casa donde vivo la venden para construir otro edificio. Me pregunto, qué espacio existiría donde hice el amor, si es que existiría algún espacio concreto o será una parte que hace de base para que una columna transversal se apoye y divida, el futuro de la historia”. Pero, en cuanto se da cuenta que por su mente se erigen ladrillos de mentira, vuelve al presente y se concentra en lo que tiene que comprar para comer, lo que más puede con el dinero que tiene.

Cuando sale ve a los obreros que están parados con latas de cerveza en las manos, contentos. Él también sonríe porque se acuerda el momento en el que terminaba el horario de trabajo, aunque no tuviera amigos, era feliz y escucha que uno dice: “no sabés cómo lloré” y otro le contesta: “ah, pero eso quiere decir que estabas re enamorado” y quienes hablan brindan y quienes no hablaron se miran igual y él, mientras camina despacio para no caerse, sonríe porque tendrá a quien abrazar cuando abra la puerta.

Corazón de Dragon Ball

Un día, un niño, al que le hacían la vida imposible, juntó sus juguetes, los guardó en una mochila de tela, se la colgó en la espalda y pasó por debajo de una puerta como si se tratara de una hormiga que transportaba una hoja, el fragmento de un pétalo blanco o un grano de azúcar.

Así fue que llegó al país, en el que cada cosa estaba hecha de camas y televisores: la tierra, el cielo, el sol, los espacios para guardar ropa, la ropa, la comida, el agua con el que debía bañarse.

Entonces, se le ocurrió desparramar sus juguetes de múltiples colores que tenían los brazos y las piernas inflexibles para decorar el significado de la palabra hartazgo.

Hasta que se acercó una mujer que dijo que había sido su madre en otra vida, que él no conocía, frente a lo cual el niño respondió: “yo tengo una mamá, una casa, hermanos, una escuela, un barrio, amigos pero elegí vivir entre juguetes de plástico porque, si uno tiene suerte, no se rompen y si no se pueden comprar otros, exactamente, iguales”. La mujer le contestó: “digas lo que digas, como soy tu madre, me voy a quedar con vos”.

El niño comenzó una estadía azul, verde, amarilla y anaranjada. Bastaba con que sacara sus objetos para crear un túnel que comunicaba su corazón de Dragon Ball, con el de otros que se identificaban con un chico japonés, cuya misión consistía en salvar al mundo de otros seres que querían exterminarlo y destruir la humanidad.

Así fue como, después de casi noventa años, tiempo que vivió quien era niño, inventó prótesis de plástico para toda aquella persona que hubiera perdido o le hubieran robado lo que más quería o necesitaba para seguir viviendo.

A una mujer sin pierna le inventó una turquesa que, pese a que no la podía mover con facilidad la hacía sentir extravagante, mitad fantasía, mitad realidad; a un hombre que había perdido el brazo en un accidente, creó otro de un color similar al de una camisa que siempre usaba; a un hombre que perdió la cabeza por un dolor le ofreció otra, con un rostro con los ojos abiertos a la espera del porvenir; a una mujer que sentía que su alma estaba rota por una desilusión, le rogó que se colocara una montículo de fragmentos de muñecos que, al juntarlos, producían en quien los veían una admiración; para un hombre que se había quedado sin voz, grabó, a partir de entrevistas a quienes lo conocían, instantes para que sus labios se movieran y reprodujeran el amor.

Cuando el niño que fue, envejeció y murió, quienes habían sido ayudados, le crearon un ataúd de plástico con la forma de una hormiga gigante, color amarillo para que navegara, herméticamente cerrada, por las aguas del mundo y para que, quien se topara con ella no la aplastara sino que la reverenciara y pidiera: “diosa: que caminaste sola por tanto tiempo con el único objetivo de transportar alimento, danos tu bendición”.

Y así fue que conoció otros países que le dieron la bienvenida con la irrupción del arcoíris.

Crollage

Un hombre que fue padre hace muchos años no sabe, en qué medida sigue siéndolo, puesto que dejó de ver a hijo.

Lo primero que hace, cada vez que se levanta, es poner la pava a hervir y abrir los diarios que recibe a las seis de la mañana: “La Argentina tiene 47.327.407 habitantes”; “Lula dijo que su boda abre una nueva etapa de unión, esperanza y mucho amor”, “Nuestra zona, en pleno otoño, con montañas de hojarasca sin juntar” y ese titular le da una idea sobre cómo reunir lo soltado. A continuación, pronuncia la palabra pegar, como si se tratara de magia y se contenta: “haré un crollage, una fusión de crónica y collage, entre la vida que tuvimos y la sucede ahora”.

Así, ubica sobre un pliego de papel lecturas matinales, fotos que conserva de la infancia y anotaciones de lo que debe, sabe y quiere del día.

Después, se le ocurre contaminarlo con pasos, entonces lo enrolla, se lo pone debajo del brazo y camina sin rumbo fijo por la ciudad hasta encontrar una imagen que comparta la historia en común y encuentra un ladrillo ahuecado roto, que quedó con la forma de un corazón partido.

Mientras mira cada rincón como si se tratara de cofres, se deja llevar por la ilusión de los géneros intersectados y su mente se ensueña con la posibilidad de que exista una investigación científica que concluya en una carta, un prospecto que se transforme en una poesía, un examen médico que se mezcle con la receta de un bombón de chocolate y así cree encontrar un lenguaje con el cual expresar sus contradicciones: Ser y no estar. No ser y estar. Comunicarse sin ser requerido. Y piensa en enviarle, a través de esos pliegos, mantel de sus días, mensajes concentrados en el deleite más que en la posibilidad de manchar una superficie que, luego de todas maneras, será desechada. Y comienza a escribir: “el sábado fui a ver un desfile de animales, hacía tanto tiempo que no salía que no sabía, exactamente, cómo ubicarme en las gradas para no perderme ningún detalle y pasó que, ni bien había logrado concentrarme, un amigo se acercó con un cono de cartón repleto de papas fritas, ni bien me convidó, me preguntó: “¿sabías que le podés agregar otros aderezos? Pero no le contesté, de la tentación que me dio, agarré una y la comí”.

El padre, de esa manera, cree que le regala buenos momentos, aunque no los comparta con él, quiere transmitir la convicción de que existen cosas deliciosas y baratas.

El hijo, cada vez que sale de su casa, se encuentra con esa manifestación, la que no se sabe si ignora, rompe, guarda o lee.

El asunto es que nunca más se vieron pero quedó la costumbre de emitir y encontrar detalles deslumbrantes en una vida retorcida.

La abanderada de la cama

Una chica 12 años pasa su cumpleaños 17 en la cama. Su madre la despierta con una torta que, por fuera es rosa y por dentro negro y le dice: "Feliz Cumpleaños".

La hija, responde: "gracias, qué rico" y la madre se va.

Cuando se queda sola, no se quita el pelo de la cara, abre la ventana, ni se viste sino que agarra el obsequio con las manos y se lo lleva a la boca de una manera desprolija.

Desde hace cuatro años, no cuida el modo de hacer las cosas porque sus peluches, sus libros y sus hojas la quieren o no la quieren como es. No pueden pronunciarse. Ella ya no sabe si se siente disgustada o está a gusto con una cama que perdió su forma de fábrica y se convirtió en su sombra, una silueta, una hermana.

Y, para no pensar, después de tragar deja el plato apoyado en la mesa de luz y se tapa.

El padre, antes de ingresar a saludarla, golpea la puerta y ella contesta: "sí, adelante, se puede, ya podés irte". Y el hermano, que nació después que ella, pero ya le lleva cinco años de ventaja, sin pedir permiso le pide: "quereme como yo te amo a vos".

El teléfono suena desde la tarde hasta la última hora del día, son tías, abuelas, amigas y quien habla es la madre, que dejó en un rincón a su hija, porque no sabe cómo empezar a levantar la ropa tirada, desde años, del piso.

La hija tampoco sabe cómo es salir de donde está, dirigirse y agacharse para mirar la altura que tenía el día que se replegó, su corazón como un bandoneón y así quedó hecho un museo clausurado.

La madre enciende las seis hornallas de una cocina industrial con la intención de comprender cómo se deja de cocinar una comida ya comenzada y, como no encuentra la solución, revuelve sus sentimientos, a los que mezcla con frutas brillantadas y nuez moscada.

El padre habla con su madre por teléfono y le dice: "todo igual vieja, la juventud no sabe lo que es pasar hambre, haber tenido que cazar mariposas porque no teníamos otra cosa" y la madre se siente orgullosa del hijo que tiene y confía en que su nieta, con palabras dichas en voz alta, se pondrá bien.

El hermano estuvo toda a tarde entre cartulinas y tijeras armando bonetes, carteles y guirnaldas. En un espacio del living, en el que él duerme, desde que su hermana nunca más salió del cuarto, la espera. No sabe bien si para jugar como a los 12 años, pelear como a los 13, charlar como a los 14, mirar la televisión como a los 15, no mirarse como a los 16 o para saber de la existencia de uno, a partir de la existencia del otro, a los 17.

Cuando el día concluye, todos cenaron y se fueron a dormir, la hija se levanta de la cama, deja de ser su abanderada, se desviste, se ducha y se cambia con ropa que le queda chica, se dirige al living y, sin encender ninguna luz, agarra una tijera del portaútil del hermano y la agranda. Observa la tela roída, su vello, fragmentos de su piel desatapada y canta una canción que nadie escucha porque parecen desmayados. Una que le daba risa antes de comenzar a sentirse inerte y con la tela desparramada se hace collares, tobilleras, vinchas y pulseras, se disfraza, le da un beso en la mejilla a su hermano y cena.

Es muy coqueta su tristeza cuando nadie la ve.

Una cantante en la ciudad

Una mujer, que tiene entre 65 y 70 años de edad, está sentada en un banco verde, de plaza en un boulevard que comunica dos entradas de una misma feria.

Tiene el pelo gris recogido hacia atrás con una hebilla, un vestido rosado, una caja con una batuta entre sus manos y un gorro negro abierto ubicado a sus pies.

En breve, comenzará su canto que iniciará un semicírculo de personas que, una vez que culmine la actuación, depositará billetes argentinos o extranjeros.

Un hombre se acerca para preguntarle cuándo comenzará y ella responde: “si tiene ganas de escucharme realmente, espere. Aquí vienen todos a pedirme cosas a las que accedo y después me traicionan”. El hombre que no está ni apurado ni distendido continúa: “no sé muy bien a qué se refiere pero yo no quiero sacarle nada, excepto oír su repertorio”. Y ella: “sabes las veces que me han dicho palabras bonitas que fueron excusas para dejarme al descubierto. Yo no digo mi nombre porque lo han manchado, acá, quienes se han acercado diciendo que eran estudiantes, fotógrafos, periodistas y luego, en cambio de publicar mi foto, mi trabajo, se burlaron por mi color de piel. Entonces, ya no hablo, demoro el tiempo que me lleva acomodarme en este rincón escenario y que los demás aprendan a esperar.” El hombre que no sabe, exactamente, a qué se refiere porque la cantante no quiere entrar en los detalles de lo que la pone mal, lo único que le responde es: “entiendo lo que pasó, lo siento” y ella: “no puede sentir algo que no le han dicho nunca. Creo comprender el significado de su cumplido pero no se gaste porque los cumplidos son coronas de flores brillantes en la cabecera de un muerto”. El hombre, que ya parece incómodo con la situación, saca dinero de su billetera y lo deja debajo de una piedra blanca que está dentro del gorro para que no se vuele. La mujer, cuando observa que el hombre se está por marchar, lo mira con la intención de querer seguir contándole un poco más su suplicio migrante y le dice: “acá tienen demasiadas cosas por hacer y deshacer. Donde yo vivo es una comarca sin luz, no hay negocios, dependencias gubernamentales ni escuelas. Entonces, lo único que hacemos para estar juntos, divirtiéndonos, es cantar y bailar”.

Lo que más desea el hombre es escucharla una tarde de otoño, rumbo a una feria sin que tenga ninguna obligación. La mujer pesca el ocio en la simpatía de quien le habla e insiste: “ustedes creen que las cosas se tienen que hacer como ustedes consideran que son y la verdad es que no. Yo no puedo volver en este momento por el dinero que debería reunir para el pasaje pero, de llegar, no quisiera volver nunca más. Se aprovechan. Los transeúntes y los policías que tienen nuestro mismo color de piel y como trabajan cerca del turista, no nos pueden ni ver. No me gustan los vendidos y menos que crea que mis palabras lo están entreteniendo”.

El hombre, al darse cuenta de que la conversación sigue un curso entre piedras rotas, la saluda y camina, mientras observa el ritmo azaroso de las hojas al caer.

Cuando lo pierde de vista, la mujer, comienza a darle pequeños golpes a la caja, como si despertara a una hija después de haber sobrevivido al ataque de una fiera.

Su boca se abre de una manera pausada y su voz emerge desde el fondo de un estanque en el que nadan sombras.

Camisa negra

Un chico acostado durante mucho tiempo desea. La posición del cuerpo no aplasta el flujo de la sangre que bombea una y otra vez, acompasadamente, manivela que no necesita de la voluntad de nadie para seguir una melodía que, ni bien culmina, vuelve a comenzar.

Por el contrario, es una caja de música abierta aunque permanezca cerrada en la que guarda, a través de sus oídos, voces de quienes ingresan a la sala.

Una mujer que le hace compañía se da cuenta de lo que relata quien narra por el movimiento de sus ojos, campanas altas de una capilla que funciona en el mismo edificio en el que está.

Ella es quien lo ayuda a reclinar la cama o levantarla, según tenga que comer, colocarse una mascarilla de oxígeno o saludar a cada especializadx que le hace una monería detrás de una ventana de vidrio.

Quien pide al personal de limpieza que barra las migas debajo de la cama, espera a que se bañe y lo traslada de una dependencia a otra dentro de la ciudad construida para curar. Y le hace preguntas que nadie más le hace, excepto, para llevar un registro administrativo, qué día nació, de qué mes, en qué año, en qué sitio. Y él le cuenta que falta poco para cumplir 14.

Entonces, quien lo cuida habla con una mujer policía, con la que toma mate, cada vez que puede, en el patio y le pregunta si alguna vez realizó invitaciones de cumpleaños, frente a lo cual, responde: “jamás, no sé lo que es tener hijxs y, cada vez que lo intento me arrepiento de ese pensamiento”, pese a lo cual, la compañera de la tarde le propone: “qué te parece si vos lo custodiás en mi lugar y yo invento unas tarjetas” y la policía acepta con la condición de hacerlo desde donde siempre se sienta.

La cuidadora arranca de un cuaderno 4 hojas rayadas, las dobla por la mitad y obtiene 8 tarjetones a los que les dibuja flores, corazones, el nombre del chico y la edad que está por cumplir. Una vez que las termina se las muestra y el chico le pregunta: “quiénes van a venir”. Y ella: “una es para vos, otra para la policía, otra para tu compañero de habitación, otra para tu ex compañera, otra para la maestra, otra para alguna de las especialistas, otra para la que limpia, otra para quien atiende el ir y venir del aire, a través de los cableados”. “Está bien”, responde él y quien está a cargo, prosigue: “ahora tenés que pensar qué te gustaría de regalo”.

Los ojos del chico, en ese momento, comienzan a tintinear de una pared a otra y se queda callado.

La cuidadora propone: “¿un cómic, un auricular, un juego de mesa, fibra de colores?”.

“¿Puede ser cualquier cosa que yo quiera?”, pregunta tímidamente.

“Lo que sea”, insiste la organizadora.

Es así que el chico sentencia: “una camisa negra para que me haga juego con la gorra”.

Y la ingeniera del tiempo saca un poco del lugar en el que debía quedar y se dirige a comprar un deseo y cuando llega el día 30 del mes en el que él había llegado al mundo, se lo dá. El chico lo único que dice es: “¿es para mí? nunca había recibido tanto”.

De repente se escucha que la mujer policía lo alborota: “dale, qué esperás, probátela”. Y saca los alfileres al obsequio doblado, desabrocha cada uno de los botones, huele el perfume a nuevo y se la pone arriba de la remera del pijama.

Tarde

A las 7 de la mañana La Nueva sale de su casa hacia un trabajo viejo, dato que registra a partir de una fotografía que observa en dicho lugar, colgada en una pared, cuyo frente se observa al bajar una escalera que dice: “primera promoción: 1968”.

Antes de agarrar su bolsa, las llaves, la billetera y su cartera escucha que su hija le pide: “esperame, salgo con vos”. Y ella, sabiendo que esos minutos la harán llegar tarde, se detiene porque es su hija, porque son las 7 de la mañana y porque, en pleno mes de junio, en la ciudad de Buenos Aires, no amanece. Así avanzan juntas hacia la esquina, la hija dobla hacia la derecha, la madre tiene que cruzar una avenida pero se arrepiente de que su hija espere sola el colectivo y la acompaña hasta la parada que la dejará, después de 20 minutos, a 6 cuadras de su colegio.

LN, luego de saludarla, retrocede hacia el punto de la dubitación y cruza con la certeza de que estuvo bien arrepentirse de lo que debía hacer. Entonces camina hacia la parada de su colectivo, a 8 cuadras de su casa, lo espera, sube, baja, camina 2 cuadras, ingresa a su lugar de trabajo y llega 20 minutos después.

Para no subrayar el hecho, lo que implicaría dirigirse hasta la sala de firmas que va a contradecir lo que ocurre con lo que tendría que haber pasado, camina hacia una sala en la que está la luz apagada y decenas de computadoras oscuras. Está por encender una y aparece, de manera repentina, la conserje que, con un tono suave y alegre, la incita: “buenos días, disculpe que la moleste pero, como faltó una administrativa, le pedimos que suba, ahora mismo, para suplirla. Podrá seguir haciendo sus cosas con la condición de que cuide de las personas que la que faltó tenía a cargo”.

La Nueva camina por el pedido de la mujer que parece contenta en el trabajo viejo. Saluda y se sienta para acomodar lo que se desacomodó con el pedido repentino. Enseguida, golpea la puerta la directora con una minifalda negra, medidas de nylon, botitas haciendo juego y un poncho blanco, es una princesa de la noche en plena mañana y pregunta: “¿podrías acercarte un minuto?” Nueva contesta que sí, y Noche responde: “deseamos saber qué te pasa que, desde hace unos días, notamos que llegás tarde, queremos escucharte para entenderte” y Nueva prosigue: “les pido disculpas, a veces pierdo el colectivo y no puedo tomar un taxi y otras, como hoy, veo a mi hija sola en la mitad de la noche y cruzo la calle que me separa de ella para esperar a que ingrese en un colectivo que, cuando cierra la puerta, me trae paz porque pienso que, los 20 minutos que tardará en llegar, amanecerá”. “Ah, bien, es eso, bue”, dice Nocturna y acota: “te pedimos que nos avises porque siempre falta personal para cubrir el amontonamiento de papales en hora pico” y se va.

La Nueva ingresa a la sala blanca, paredes, papeles, cortinas y armarios opacan el cielo celeste y piensa: “tenés que empezar tu trabajo que consiste en ordenar trayectorias salariales por cumplimientos e incumplimientos de ideales”.

Por un momento, cree ver nubes macizas de alientos agitados que se estampan contra los cuerpos de quienes esperan. Entonces se levanta de la silla y baila con las mujeres que sienten miedo que de les pase algo malo a quienes aman y repite una coreografía que comienza con una sanción dicha de una manera dulce, lo que ellas viven como una rebeldía, traición o amenaza.

Grullas

Las grullas son inertes pájaros de papel que realizó una chica, un día que una doctora le preguntó por su nombre y ella le respondió que lo había olvidado.

La especialista, como no veía inquietud en los ojos de quien tenía enfrente, enseguida sospechó y reunió a un plantel para compartir esa mentira.

Quien no se sabe si la engañó o no, se bajó de la cama, se sentó en una silla, se calzó unas pantuflas con cara de oso, se arremangó un buzo, buscó papeles que guardaba entre la funda y la almohada y comenzó a plegar cada recuadro una y otra vez hasta terminar lo que la espía creyó que era un zoológico.

“No se confunda”, respondió la chica, son criaturas que caminan por mis imaginaciones. Hazañas”. Entonces realizó toda clase de animal que, cualquier persona que haya visitado alguna vez un refugio para extraños, conoce y con una cinta adhesiva los desplegó por la cabecera de su cama.

La mujer, queriendo seguir su razonamiento irreal, continuó: “aunque no recuerdes tu nombre, cómo se llaman tus creaciones” y, como la chica se dio cuenta, que era una manera de llegar al mismo lugar por otro camino respondió: “ellos no tienen nombres, sólo los que les ponen las personas. ¿Cómo los llamaría usted?”. Quien resguarda a que nadie se caiga de la mente y el cuerpo en el que está, prosiguió: “este elefante tiene cara de Roberto, esta tortuga de Marta, este cocodrilo de Diego”; “me gustan esos nombres, por qué no piensa uno para mí” y La Doctora: “porque no tiene sentido que, a una que tiene uno, otra le ponga el que le parezca, como si se tratara de una corona, una peluca, un maquillaje, uñas postizas o un disfraz”. Y La Chica: “a mí me resultaría, realmente, divertido”. Y LD: “no se trata de lo que te resulte a vos sino de que respondas lo que te estoy preguntando”, frente a lo cual La Chica, la enfrentó: “ya se lo dije, ya puede irse”. La doctora que podría ser una maestra o una enfermera por usar el mismo delantal se da por vencida y quiere molestarla, así fue que llamó a las paseadoras de pasillos nocturnos y les pidió: “cuando esté durmiendo retiren el carnaval” y las caminadoras le hicieron caso porque son las encargadas de que cada cosa esté donde, un superior que se sintió irritado, debe estar.

Una vez que despegaron sus artesanías, sus ángeles de la guarda, sus padres, los depositan dentro de una bolsa que depositaron en un tacho de basura de textura mediana.

Cuando la chica se levantó se perdió y, en cambio de desesperarse, se calmó y realizó víboras cascabeles enroscadas, unas con otras, en origami para colgárselas del cuello. Cuando la especialista, sin ser especial, ingresó para volver a intentar provocar un recuerdo la vio con la cara roja, violeta de ahogo. Y cuando se avalanzó sobre su cuello para quitárselas, lo único que logró fue arrancar una de las cabezas que tenía la lengua bífida afuera pero no logró quitarle ninguna más.

La chica había sido defendida por sus propias manos de aquello que había olvidado o tenía tan presente que no se lo iba repetir a una señora que no le despertara su confianza.

Separadas por una heladera

Una empleada doméstica ingresa a la casa donde trabaja, una vez por semana, tres horas cada vez.

Cuando golpea, la dueña le abre la puerta y, ni bien, ingresan le dice: “te dejé todo anotado”.

La trabajadora siempre comienza su rutina por el mismo lugar: desenchufa la heladera, abre las puertas, enjuaga un trapo en agua tibia y, mientras tira chorritos para que se vaya derritiendo el hielo, observa: los huevos, los aderezos, los quesos, el fiambre, las botellas de jugos, la manteca, los frascos de mermelada, las tapas de tarta, las leches, el yogurt, el kilo de carne, los muslos del pollo, la calabaza y el ananá rodeada de un kilo, aproximadamente, de naranjas.

Entonces, saca cada alimento y lo limpia con empeño como si de ese modo absorbiera su sustancia y traga saliva con gusto a pan y cigarrillo y, mientras está por terminar la primera actividad por la que cobrará se detiene, se seca las manos en el pantalón de jean y, como se da cuenta que no le quedaron galletitas en los bolsillos de la campera, sin que la Dueña se dé cuenta agarra un pan que encuentra enfrente de ella y lo abre como si tratara de un cadáver con un corazón blanco, de azúcar y lo come con la boca lo más cerrada que puede para no hacer migas. Pero la desesperación por ingerir algo rico produce que las haga igual y deje un camino entre la cocina, el baño y los dormitorios. Cuando la Dueña baja del suyo pregunta: “qué es esto” y ella, enseguida: “perdón, ya lo limpio, fui yo”. Y la primera: “no pasa nada, pero necesitaríamos palomas o perros para que picoteen del suelo”. Y la limpiadora: “es que le digo la verdad: me tenté”. Y la Dueña: “con qué”. Y ella: “con todo lo que vi en la heladera”. LD: “querrás decir con lo que hay”. Y LL: “Sí, eso que nos separa”. Y LD: “déjate de tonterías, dale, hacé tu trabajo, así podrás comer”. Y LL: “es que no es comer, exactamente, lo que me pasa cuando abro las puertas frías, es una tentación de cosas que no probé jamás”. Y LD: “Y qué esperás, andá, probalas”. “Es que pareciera que no me entiende, aunque pruebe nunca estaría a gusto con aquello que no pudiera llevar a mi hogar”. “Y qué esperás”. “Y cómo haríamos, ¿me lo descontará?” “Quizá, no lo pensé”. “Si es por mí, por una vez estaría bien. Querría ver la cara de mis hijos comiendo una rebanada de ananá, les sacaría una foto.” “No tengo nada para opinar”. “Entonces antes de que pierda la cadena de frío voy a poner los productos en una bolsa”. “No me preguntes nada más si ya sabés dónde están”.

Y la empleada saca de la heladera lo que, supone, hará que sus hijos pongan caras que valgan la pena registrar para ser parte de un álbum familiar.

Ese día la Dueña le paga la jornada aunque la empleada le haya dicho que no, que de ninguna manera, que no hacía falta. Y ella continuó: “que te ofrezca lo que más querés no significa que sea un regalo. Un regalo hubiera sido si lo hubiera pensado para vos, un día en especial en que lo recibieras. Y la empleada le dice: “No será un obsequio pero yo siento lo que no es como si lo fuera”. Y la Dueña, antes de darle un beso en la mejilla, le contesta: “es dejarme llevar por un antojo que tuvo otro” y la empleada concluye: “algo espantoso que me hace feliz.”

Límite turquesa

Una chica de espaldas a la puerta se toca la cabeza. La madre le dice que se ponga a hacer otra cosa y, si no sabe, que se bañe. La hija piensa que la madre la embroma pero insiste: “cuando yo tenía tu misma edad encontré en el agua una aliada, con sólo oler el champú ingresaba a un dormitorio amarillo, en el que las paredes, la cama, la mesa de luz y el ropero eran líquidos de los que emanaban pompas de jabón”. La hija se exaspera cada vez que la madre la regaña con un cuento y le contesta: “me tenés harta con tus vidas pasadas” y ella: “más que odiarme, dale” y como se da cuenta que la hija sigue sentada agarra un perfume y comienza a esparcirlo por la habitación.

La hija se levanta de golpe para no ser intoxicada, abre la canilla de la ducha y, cada vez que está por salir, la madre le pide: “quédate un rato más que no te va a ser mal”. La madre al escuchar el agua caer siente que, en cambio de estar encerradas en un lugar irreparable, se convence de que están en las cataratas del Iguazú o en el mar.

Una vez que la hija termina de bañarse la madre se encarga de volverla a mojar, salpicándola con una botella de agua y la hija se ríe como si fuera un día de carnaval en un hospital.

Otra madre con su hija con las que comparten la habitación, primero las miran reprobándolas e, inmediatamente después, se preguntan por qué se tendrían que seguir comportando de una manera habitual en un lugar que las invita a ser sirenas.

La madre moja a la otra y la Otra hace lo mismo a Champú, lo que conduce a sus hijas a seguir las en espejo a replicar lo mismo entre ellas dos.

En un momento dado llegan lxs doctores y gritan a lxs enfermerxs a que se dirijan a la sala a llevar toallas pero, antes de que el pedido se hiciera efectivo, las madres corpulentas se apoyaron en la puerta y las incentivan a nadar más y más: “mojen por allí, sigan por allá que todavía hay cosas secas, sumérjanlas”.

Y las Sirenas Enfermas se dan cuenta que, si dejan su ropa debajo de la puerta la traban y así podrán nadar con sus mamás, ser cuatro nadadoras en una pecera con cortinas que anudan hacia arriba para que todo el barrio las vea divertirse.

Cada persona, desde su departamento, sigue el juego, se saca la ropa, se pone la malla, inunda el lugar y comienza a nadar.

Desde el hospital las habitaciones son escamas plateadas, negras y naranjas de un pez que no se termina de conocer.

El cuerpo médico nunca más logra ingresar, solamente pasa delgadas mangueras transparentes por entre las rendijas de las ventanas para que las mujeres respiren bajo el agua el tiempo que les queda.

Le dio una banda de besos

Una mujer dos chicos ubicados en una moto, uno detrás de ella, el otro delante van por una avenida después de haber viajado en un auto que se desarmó después de una separación. Quien era el marido le dijo: “estás loca, no querer que te deje el coche” y ella: “con lo que cuesta estacionar prefiero ir así, liviana” pero él: “¿no te das cuenta que de esa manera pareciera que quisieras la muerte?, sos un capricho” y ella: “vos porque no sabés la cantidad de cosas que, además de estacionar, tengo que hacer, quédate tranquilo, conmigo no van a tener problema porque voy despacio”. Así fue como los chicos en vez de llorar entendieron que, a partir de esa fractura, iban a vivir cosas insospechadas, ver decidirse a la madre y al padre por cosas cómodas, aventuras. Los tres juntos desde arriba de un colectivo parecían ser una especie de hormiga, gusano, un globo lleno de cosas.

Hasta que un día se cayeron, enseguida vino el padre, los retó a los tres y la ex mujer le refregó por la cara: “no te confundas que esté en el piso no significa que sea una idiota” y con un ojo del que le caía una gota de sangre le aseguró: “estamos bien, solamente fue un resbalón”, se levantó rápido y se dirigió a un doctor quien le anticipó: “la sacó barata, podría haber sido peor” y los chicos fueron quien le respondieron: “tampoco fue para tanto”. Quedaron en observación unas horas en un consultorio vacío y la mujer volvió a apretar el acelerador.

Cuando llegó a su casa tuvo que pensar qué cocinar porque su ex marido, quien se había mostrado horrorizado, no la acompañó ni pensó en hacerles algo que comer.

Como no tenía dinero para comprar una pizza, repitió lo de siempre, puso una cacerola con agua a hervir con un poco de sal para hacer fideos, como tenía manteca pero queso no, fue al baño, se peinó, encendió la tele y les dijo a sus hijos: “salgo a hacer un mandado no le abran a nadie” y ellos: “andá tranquila má”.

Entonces, manoteó una campera, el monedero, la bolsa y, mientras iba caminando, vio una presencia, no sabe si hombre, mujer, mariposa, corona que se le acercó y le preguntó: “ché, qué te pasó” y ella que no se enganchaba con ninguna pregunta siguió de largo pero la presencia se hacía cada vez más grande, parecida a una esfera de color, el sol sin fuego y prosiguió: “dale, dame la bolsa, no tengo nada que hacer” y la mujer, dada la circunstancia pos traumática, no dudó y se la dio. Caminaron las dos hasta la puerta del supermercado, recorrieron las góndolas hasta que encontraron el bendito queso rallado y la presencia, sin decir ni una palabra, la acompañó hasta su casa. Una vez que estaban en la puerta no sabían cómo despedirse, cómo saber si hay que darle o no un beso a alguien con una forma difusa y ésta se adelantó: “ya está, no te preocupes que coman rico, te extraño” y la mujer se dio cuenta que la vida le estaba dando la oportunidad de hablar o no hablar con alguien conforme a su edad y la invitó a pasar; a los chicos les dijo: “vino una visita, come con nosotros y se va”.

Ellos apagaron la tele, pusieron la mesa y la miraron sin preguntar, quizá porque estaban cansados.

El asunto es que comieron fideos con manteca y queso derretido. Cuando los chicos se fueron a dormir, el hombre mujer mariposa corona le dijo a quien había acompañado: “te daría una banda de besos” y ella nunca se sabrá si aceptó o no.

Oso y las palomas

Una chica vestida con un enterito de oso se pasea por un patio en busca de un banco al que le dé el sol para sentarse, sacar de sus bolsillos comida, triturarla con las manos, esparcirla por las baldosas y esperar a que, de una, lleguen las palomas.

En un momento dado, la paz que parece sentir, al tener que alimentar, cae en un pozo.

Llega la encargada del menú quien le reprocha: “cómo puede ser que les estés dando flan con dulce de leche a estos bichos” y ella: “¿usted cree que les caerá mal?”, “no, no es ese el problema, ¿no te das cuenta cuánto cuesta comprarles cosas especiales?” y ella: “qué tiene de especial un postre”, “que les llevó tiempo cocinarlos, envasarlos, colocarles una etiqueta, ponerlos en cajas, despacharlos; es media res en el hombro de las personas, el trabajo” y ella: “pero eso no tiene de nada de especial, al contrario, es la muerte”,

“reventadas van a quedar estas ratas con alas si siguen empalagándose con lo que les das y a vos te van a poner en penitencia” y ella: “me tiene sin cuidado lo que me hagan”, “pero a mí no, asique, desgraciadamente, te voy a tener que revisar los bolsillos para sacarte lo que te sacaste del estómago” y ella: “querrás decir sacarlas a ellas de que anden picoteando las bolsas de basura”, “eso que terminás haciendo vos cuando les hayas dado lo que guardás entre tu ropa, dajame ver” y ella: “¿estás loca?”, “para nada, quiero saber dónde está la porción de carne, la guarnición, la fruta y el pan” y ella: “por acá mirá”.

Y cuando pronuncia esta última frase esparce por el patio la comida guardada y la guardiana, pese a que haya salido corriendo, la atrapa, la agarra del brazo y la obliga a subir tres pisos por escalera hasta llegar a su habitación. “Adivinen a quién encontré, a qué no saben dónde estaba” y la representante que siempre la espera sentada lo que dure su paseo le responde a quien habla: “no la embromes, soltala, cuando no tenga nada más que hacer le va a venir el apetito” y, en ese momento, Oso cae al suelo, desmayada, y con ella la comida a regalar. La guardiana le pide a la representante: “mientras voy a buscar a alguien que la ayude, vos fijate si encontrás a otra que limpie la plata malgastada”.

Rápidamente el personal llega y, mientras que unxs pasan trapos de piso alrededor de la chica, otrxs la recogen del suelo y la transportan a la cama para tomarle la presión. La chica inconsciente sueña que sus amigas la vienen a visitar pero no las de toda la vida sino las de la nueva, las que tocan sus manos cuando saca la primera miga, las que pareciera que la esperan y miran con un solo ojo, con el que la chica quiere, por la mitad, porque si la miran con dos le falta peso, amor.

Quien narra esta historia se pregunta si no será que quiere ser como ellas, tener patas finitas para adherirse y despegarse de donde están en busca de algo rico.

Una vez que está estabilizada cierran la puerta y quienes la atienden se van. Es en ese momento que se posan en la ventana las palomas sin animarse a ingresar hasta que una, sí, se posa en un barral de la cama, otra la imita y se para en un tubo de luz y una última, en la cabecera como si ella fuera un árbol acostado contemplan ramas artificiales. Cuando ella se despierta, a la madrugada, se miran con un solo ojo que se cierra de una manera dulce y veloz.

Botitas

Una mañana fría de otoño un hombre llega a su oficina. Lo primero que hace es firmar un libro que registra el horario de entrada y salida; luego, cuelga su campera en un perchero; deja su bolso sobre una silla; se dirige al baño a hacer pis, lavarse las manos y mirarse el entrecejo en el espejo; acomoda sus cosas y enciende una máquina que le permite cargar y archivar recibos de sueldo del personal.

Antes de comenzar la tarea se detiene en unas fibras que habían quedado destapadas el día anterior pero no sabe si fue un olvido, cansancio o rebeldía.

Cuando se le cruza esa palabra por la mente se le vinieron un montón más, como si fueran amigos de amigos que no habían sido invitados, formalmente, a una fiesta.

Irrumpe su madre con un cigarrillo en la mano sentada sobre una carpeta: “no podés decirme que te gusta tocar la trompeta sin darte cuenta que no te educamos para abrir el estuche de un instrumento y que otros te arrojen monedas. Pensá una profesión, banquero, abogado, médico, ingeniero que te haga la vida más fácil”. Y él, en ese momento, recuerda que no había tenido la convicción de seguir sus propios pasos porque se sentía atado a un carro que, pese a que por momentos le pesaba, quienes lo dirigían lo iban a acompañar siempre y cuando sus deseos no se fueran demasiado lejos. Así fue que cursó la carrera de contador hasta que se recibió y, gracias a ese título, su padre y su madre lo contactaron con unos amigos suyos, dueños de una fábrica de libros, sitio en el que estaba desde hacía 20 años.

A la mañana siempre pone música, cuando suenan los primeros acordes de jazz imagina que ingresa a un trabajo con forma de instrumento, lo que le provocaba cierta confusión entre ser una herramienta y convertirse en un creador de partituras con teclado.

En un momento dado, escucha el tintinear de un par de botitas que no son tales porque, cuando se da vuelta, ve un par de tacos de quien lleva adelante la empresa.

Tic tic tic: “cómo estás, qué suerte que viniste. Si no te molesta, te pido que recortes tapas de cartón porque hoy faltó el afilador de tijeras y pensamos que vos seguro tenías una con la que dividís la hoja, la constancia que queda para el empleador y la copia que queda para el empleado”. Primero, contestó que sí y cuando se sintió abrumado por la cantidad de tareas que tenía por realizar, dijo que no. Subió hasta el despacho de Botitas y le explicó: “ustedes me estarían descontando el sueldo si yo aceptara esto” y sin dar más explicaciones volvió a su escritorio para continuar lo que acababa de comenzar.

Botitas, durante la jornada no bajó para pedirle nada a nadie.

El contador se concentró en el dinero que quería ahorrar para llegar a navegar por un mar que tuviera la forma de una boca que se abriera y se cerrara conforme a las decisiones que tomaran los empleados para trabajar en paz.

Punta Cana

Una mujer pulóver blanco con hilos dorados, pantalón con flores y botitas marrones conversa con quienes se supone, deben ser familiares, por el parecido de sus caras y la forma en la que se saludan, efusiva, un reencuentro de después de mucho tiempo. Las personas que la abrazan, enseguida, le preguntan cómo está y ella, antes de comenzar, hace un gesto, invitándolas a sentarse para no cansarse puesto que tiene mucho que contar.

En el restaurant en el que están, los mozos, las botellas, los postres y las comidas parecen haberse congelado en una posición dulce y triste por lo que presencian, unas horas más tarde, será un recuerdo.

La mujer comienza: “me llevó años aceptar que me había enfermado pese a que lo sabía desde que mi madre dejó de verme como a su hija y me miró como a una muñeca. Y, si bien me enojé con su manera de mirar, entendí que era mejor que mantuviera cierta distancia plástica para atender mis ataques.

Después, tuve que admitir la tragedia más grande por la que un ser humanx puede pasar, perder a una hija, un día de sol y juego, a la que antes de haber ido a buscar una pelota le dije “pelotuda” sabía que la estaba pateando cada vez más lejos y lejos pasó un tren que la arrolló. Tuve que aprender que un insulto era la despedida y que la despedida no era un insulto. Y gracias a una lengua que me enseñaron las vírgenes, que responden preguntas cambiando el color de algún detalle de su vestimenta, descubrí que donde estaba se la notaba bien. Yo creo que me perdonó. O eso quiero. Por eso nunca más critiqué, ni dije malas palabras.”

Una de las familiares le dice que una vida sin exabruptos es vivir lo inevitable como si una fuera responsable de una injusticia pero insiste: “yo me di cuenta desde ese momento, cómo te explico, que hay que prestar atención a las manifestaciones previas a que las cosas muten de sustancia. Ahora, cada vez que me estoy por desmayar me pican los brazos, como si miles de hormigas caminaran por mis venas de tierra; o cuando me preocupo por mis otros hijos veo un aura marrón como si fuera un edificio monstruo de ladrillos que los persigue para alojarlos, derrumbarse y aplastarlos. Por eso, todas las mañanas pido a dios y leo libros que respondan miedos. Y cuando hallo correspondencias celebro. No quiero decir, festejo, porque nunca más festejé.

El año pasado, sin ir más lejos, leí un fragmento de un autor que sostenía que respirar es atravesar demonios. Y justo, ese día, uno de mis hijos me invitó a conocer Punta Cana, otro mar que no era el que había conocido, en la costa atlántica argentina, desde que tenía uso de razón. Y, pese al vértigo que tengo, subí y tuve la posibilidad de ver los accidentes geográficos de una manera lisa, compacta, brillante. En vez de percibirlos disparatados, rugosos, escaleras complejas”.

La conversación entre ellas continuó pero quien se dejó llevar, se tenía que ir, pidió la cuenta, pagó y la última frase que escuchó fue: “Después, descendí de la invitación y me encontré con mis cesáreas bajo el agua cristalina”.

Explosión

Dieciséis años había terminado en un lugar que no se imaginaba y lo peor fue que cuando le contaron ella siguió sin comprender: “qué pasó, yo me siento bien, no es para tanto” y quienes estaba a su cargo: “estás en observación porque todavía no comprendemos cómo no te desmayaste y le preguntaron: ¿podés contarnos lo último que recordás?”, frente a lo cual 16 respondió: “estaba en el colegio, en una clase de pintura, frente a un atril que sostenía una tela blanca en la que pintaba una explosión de color negro y rojo”. Lxs encargadxs: “¿se te viene a la memoria algún detalle? ¿era una guerra?”. 16 contestó: “era una guerra que no había sido declarada como tal o, para decirlo con otras palabras, había sido declarada con el lenguaje de un gato, lo que no sé es si la misma se dirigía hacia la misma especie o hacia otra, como por ejemplo, la humana, animal, vegetal. Todavía tengo ganas de pintar un par de orejas que habían quedado entre las nubes, aturdidas. Lo que intentaba representar no era al que había tirado el primer tiro sino cómo quedaba cada rincón manchado de crueldad. Había gotas espesas, labios, pezuñas, tripas, bigotes. Lo que más amaba destrozado”. Y quienes intentan comprender el lenguaje de los sueños prosiguieron: “¿habías vivido algo parecido el día anterior, alguna vez mataste un gato?” y 16: “no, para nada sería incapaz de hacerle daño por quien me siento acompañada” y los preguntadores: “¿podría pasar que te hayas peleado con algún compañerx y que éste se haya manifestado como un pequeño felino en tu imaginación?”. 16: “La verdad es que no, que yo recuerde me llevo bien con todos mis compañerxs, lxs amo”. Entonces los instructores, para evitar apretarle la mano por más tiempo del que llevaría cruzar una calle, dijeron: “es hora de que descanses, mañana continuaremos”.

Ella no sabía exactamente dónde se encontraba. Le pareció agradable permanecer acostada en una cama que tuviera ruedas y fuera llevada de un lado al otro mientras lo único que podía ver eran bombitas blancas. Así, llegó a una habitación con cortinas rosadas, verdes y naranjas que parecían de terciopelo, había una cómoda de madera en la que, supuso alguien en algún momento, guardaría su ropa vieja o la que le fueran a comprar, una jaula con un canario amarillo que no quiso piar hasta el otro día y una recámara cubierta por una manta negra plagada de sonrisas fluorescentes. Después, se quedó dormida y al otro día lo primero que sintió fue la ausencia de su cartuchera, en la que guardaba pinceles y témperas.

Cuando la persona que le llevaba el desayuno le dijo: “buen día”, ella le pidió por favor que iba a ser bueno en la medida en que le llevaran sus cosas, lo que provocó que le comprara lo que pedía y se lo llevara dentro de una media porque en ese lugar estaba prohibido complacer lo que las personas acostada pedían. Le dejó sus útiles, cerró la puerta lo más suave que pudo y siguió con el recorrido que estaba pautado desde hacía más de cien años.

16 comió una tostada con manteca y mermelada, bebió una taza de té con leche a la que, previamente, le había agregado tres sobres de azúcar y cuando terminó abrió el pomo de témpera roja, lo echó en un vaso con agua y lo mezcló con la misma cucharita con la que había mezclado el té para impedir que la azúcar quedara muerta, en el fondo. Ella quería que su pintura fuera dulce, entonces revolvió y revolvió hasta que, con el mismo utensilio

espació gotitas por la cama, el mueble, las cortinas, el piso, las paredes, el pájaro, frazada.
Y una vez que se cansó se fue a dormir.

Cuando los especializados llegaron y miraron temieron lo peor. Pero lo peor ya había pasado por eso 16 salpicaba con su alma un espacio desconocido.











Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

Actualmente dirige ediciones.presente

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech